

## Isaías 9:2-7

Navidad 2003 Isaías 9:2-7 Lecturas Isaías 9:2-7; Tito 2:11-14;

El pueblo que andaba en tinieblas  
vio gran luz;  
a los que moraban en tierra de sombra de muerte,  
luz resplandeció sobre ellos.

<sup>3</sup> Multiplicaste la gente  
y aumentaste la alegría.  
Se alegrarán delante de ti  
como se alegran en la siega,  
como se gozan  
al repartirse un botín.

<sup>4</sup> Porque tú quebraste su pesado yugo,  
la vara de su hombro  
y el cetro de su opresor,  
como en el día de Madián.

<sup>5</sup> Porque todo calzado que lleva el guerrero  
en el tumulto de la batalla  
y todo manto revolcado en sangre,  
serán quemados,  
serán pasto del fuego.

<sup>6</sup> Porque un niño nos ha nacido,  
hijo nos ha sido dado,  
y el principado sobre su hombro.  
Se llamará su nombre  
“Admirable consejero”, “Dios fuerte”,  
“Padre eterno”, “Príncipe de paz”.

<sup>7</sup> Lo dilatado de su imperio  
y la paz no tendrán límite  
sobre el trono de David  
y sobre su reino,  
disponiéndolo y confirmándolo  
en juicio y en justicia  
desde ahora y para siempre.

El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.

¡Feliz Navidad! Ése es el saludo que resuena en todas partes en esta noche. Muchos no tienen ni idea de lo que realmente es la causa de la alegría navideña, pero aun así el recuerdo de que aquí hay algo que realmente merece celebrarse no se ha olvidado completamente. Es cierto que la Navidad se ha

comercializado, y que para muchos la alegría que expresan y desean no es más que algo pasajero y secular. Sin embargo, hay los que todavía recuerdan por qué tenemos la Navidad, y se regocijan en el mensaje navideño. Dios quiera que nosotros estemos entre ellos. Porque el mensaje de los ángeles en los llanos de Belén realmente debe llenar a nosotros también de gozo como lo hizo con los pastores en la primera Navidad. “No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Luc. 2:10-11). “Os ha nacido hoy”. “A ustedes les ha nacido hoy”. Y respondemos con gozo, usando las palabras proféticas de Isaías: “Un niño nos ha nacido, hijo nos es dado”, y efectivamente nos llenamos de gozo.

Meditemos en esta santísima noche entonces sobre el tema: Un niño nos es nacido. 1. Un niño que es el Todopoderoso. 2. Un niño que pone fin a la tiranía de Satanás. 3. Un niño que nos garantiza la plena paz. 4. Un niño que nos justifica.

Un niño nos es nacido. No parece tan notable. Miles de niños nacen en el mundo cada día. Pero todos ellos nacen esclavizados a Satanás, hijos de la ira, sujetos por vida a la tiranía de la muerte. Pero de este niño se nos dicen las cosas más asombrosas. Nos dice que “el principado [es] sobre su hombro”. Este niño aun al nacer tiene el poder para gobernar al mundo entero. ¿Cómo se explica que un niño, al parecer tan impotente, que necesita que su madre lo cargue, realmente tenga el gobierno, y no sólo de un rincón, sino del universo? La respuesta se encuentra en la descripción que tenemos en los nombres de este maravilloso niño.

Se llama “Admirable”. La palabra realmente quiere decir “milagro”, y el nacimiento de este niño realmente es el milagro de los siglos. El niño que ha nacido realmente es el al mismo tiempo el Dios fuerte. Es Emanuel, Dios con nosotros (7:14). Es el Todopoderoso que ha tomado la forma humilde de un niño humano. Y desde su nacimiento está bien dispuesto hacia nosotros. Su misma venida, su nacimiento, da evidencia de eso. “Buena voluntad para con los hombres”, anunciaron los ángeles cuando nació este niño. Y esta buena disposición que le hizo venir la ha tenido desde la eternidad. Es el “Padre eterno”. Y es el “Príncipe de Paz”. Vino a un mundo enemistado con Dios, y él mismo estableció la paz. Y así es el “Consejero”, el que puede decir con absoluta autoridad a los pecadores cómo hallar la paz y la salvación que él vino a dar.

La situación al principio de nuestro texto era muy diferente. En vez de noticias gozosas había opresión y oscuridad. El versículo antes de nuestro capítulo dice “mirarán a la tierra, y he aquí tribulación y tinieblas, oscuridad y angustia; y quedarán sumidos

en las tinieblas”. Estas tinieblas y oscuridad son el resultado de la rebelión contra Dios y el castigo por los pecados. Aunque específicamente habla de las regiones del norte de Israel, en donde el Mesías haría buena parte de su ministerio, y la aflicción y la idolatría que había penetrado en ese “Galilea de los gentiles”, las mismas tinieblas cubren el mundo entero a causa del pecado. “Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones” (Is. 60:2). Pero por la llegada del Mesías, de este niño Cristo que nos es nacido en Belén, donde antes había sólo oscuridad y condenación, ahora hay luz, la luz de la salvación. “El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; a los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos” (v.2). Un pueblo que había estado esclavizado a los antiguos tiranos, Satanás, el pecado y la muerte, ahora por la obra de este niño que nace en Belén está libertado. “Multiplicaste la gente y aumentaste la alegría. Se alegrarán delante de ti como se alegran en la siega, como se gozan al repartirse un botín” (v. 3).

¿Por qué tanto gozo? ¿Por qué tanta alegría que se compara con la gente que se regocija por una buena cosecha que pone fin al hambre, o a un ejército que reparte despojos después de la victoria? Porque la victoria realmente se ha obtenido. Sólo que ellos mismos no lo habían logrado, sino el mismo Cristo que nació en Belén libró la batalla contra nuestros enemigos y opresores, y ha ganado para nosotros la victoria.

“Porque tú quebraste su pesado yugo, la vara de su hombro y el cetro de su opresor, como en el día de Madián” (v. 4). En el día de Madián, Dios libró al pueblo de Israel de los madianitas por medio de Gedeón y un puñado de hombres sin armas. Era evidente que el mérito de la victoria pertenecía sólo al Señor. Y así Jesucristo solo, llevando el pecado del mundo, pagando el precio por nuestras transgresiones en la cruz, obtendría él solo la victoria sobre nuestros antiguos opresores, Satanás, el pecado, la muerte y el infierno. Verdaderamente, es hora de regocijo y celebración. San Juan nos dice: “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo”. Y naciendo en forma humana, y llevando el castigo que merecieron los seres humanos en su propio cuerpo en la cruz, él ha logrado deshacer las obras del diablo.

Y el resultado es paz, la paz entre Dios y los hombres. Isaías lo retrata con las palabras: “Porque todo calzado que lleva el guerrero en el tumulto de la batalla y todo manto revolcado en sangre, serán quemados, serán pasto del fuego” (v. 5). August Pieper dice en su comentario sobre este pasaje: “Con estas palabras Isaías describe en forma negativa lo que designa en las palabras siguientes como la paz que el reinado del Mesías trae a la gente. El pecado, la ira, la maldición, el castigo, la

condenación, la furia asesina de Satanás — todo se destruirá en el fuego del amor eterno de Dios, aniquilado por la gracia salvadora de Dios que ha aparecido a nosotros en el Mesías. Aquí está la razón por el gozo profundo y vibrante que experimentaríamos el pueblo de Dios cuando la gran luz (v. 2) amaneciera sobre ellos”. (The Wauwatosa Theology, Vol. 1, p. 357).

Y ahora dice de este maravilloso niño que nos es nacido, el hijo que nos es dado, que “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite sobre el trono de David y sobre su reino”. Su reino será ilimitado; se extenderá sobre el mundo entero de pecadores. Y se caracteriza por la paz, también sin límite, porque todos nuestros antiguos enemigos han sido derrotados. Y será ilimitado en el tiempo; durará por toda la eternidad.

Será el verdadero cumplimiento de lo que era el reino de su antepasado David sólo en forma imperfecta. Estará sobre el trono de David y sobre su reino. Como el ángel Gabriel lo dijo a la virgen María: “Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su Reino no tendrá fin” (Luc. 1:32).

Y ¿cómo lo podrá hacer? Isaías nos dice: “disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre”. El juicio y la justicia con que este Rey establecerá y mantendrá eternamente su reino es la justicia con que él justifica a los pecadores. Porque él mismo entró en la batalla y conquistó el pecado, cumpliendo toda justicia, ahora puede pronunciar justicia y paz a todos los que por sus pecados habían estado bajo la ira y el juicio de Dios. Este Rey es “Jehová, justicia nuestra”. En su reino “Sión será rescatada con el derecho y los convertidos de ella con la justicia” (Is. 1:27). Lo que este Rey ofrece a sus súbditos es la maravillosa promesa: “aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Is. 1:18). Con esta justicia, obrada por Dios mismo, gozamos de paz eterna con Dios, y seremos recibidos en su reino eterno de gloria.

“El celo de Jehová de los ejércitos hará esto”. Contra él ningún enemigo ni ninguna fuerza hostil puede prevalecer. Él ha determinado salvarnos, y lo ha hecho, por medio de este maravilloso Niño que nos es nacido, el Hijo que nos es dado. “¡Gloria a Dios en las alturas! ¡y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” “Venid, adoremos a Cristo el Señor, Venid, adoremos a Cristo el Señor”.

Amén

